

OBITUARIO

Un filósofo rey Josep Lluís Blasco Estellés (1940-2003). *In memoriam*

Manuel Garrido

En su prólogo a las *Cartas finlandesas* de Ángel Ganivet, Ortega destacó entre los méritos de la llamada generación del 98 haber introducido, reemplazando a la francesa, la influencia del pensamiento alemán en la filosofía española. Evidentemente olvidó que esa influencia, que él a su vez prolongó y amplificó, se había anticipado en medio siglo a aquella generación con el kantismo de los krausistas. Pero este detalle no altera demasiado la verdad de su aserto. El hecho es que para 1960 hacía ya más de cien años que el pensamiento alemán venía ejerciendo una influencia progresivamente dominante en la filosofía de nuestro país.

Pero es también un hecho que desde los años sesenta del pasado siglo XX dos generaciones de españoles, una de profesores y otra de jóvenes estudiantes y licenciados, cambiaron el estado de cosas introduciendo aquí la influencia del nuevo pensamiento anglosajón, o por decirlo más concretamente, de la filosofía analítica, que tiene sus orígenes en Frege, Russell, Moore y Wittgenstein y que estaba principalmente representada entonces entre los grandes pensadores vivos por Russell (único superviviente de los anteriores), Quine, Strawson, Chomsky y Searle. El joven saguntino Josep Lluís Blasco, que pasó muy pronto en aquellos años de estudiante a profesor, perteneció a la segunda de las dos generaciones que acabo de mencionar y fue hasta el final de su vida líder de ella en el país valenciano.

Ofrecer una relación detallada de sus actividades docentes y organizativas, muchas desarrolladas en la Facultad de la que fue impar Decano; enumerar la lista de sus publicaciones, no sólo de sus libros, desde *Lenguaje, filosofía y conocimiento* (1973) hasta *Teoría del coneiximent* (1997), obra escrita en colaboración con uno de sus discípulos, pasando por *Significado y experiencia* (1984), sino también de un denso enjambre de artículos de revista, conferencias y comunicaciones diseminadas en seminarios y congresos; y hacer inventario, finalmente, de los títulos honoríficos por él ostentados, desde la presidencia de la Societat de Filosofia del País Valencià hasta su ingreso en el Institut d'Estudis Catalans son tareas que llenarían varias páginas, cual-

quiera de ellas sobradamente suficiente para acreditar que a su condición de pionero de la filosofía analítica en España se sumó la de excelente profesor y renovador de la institución universitaria y de la vida de la lengua y la cultura de su país.

Pero yo preferiría detenerme aquí, aunque sólo sea brevemente, en la consideración de otras dos facetas de su personalidad que hasta ahora no he resaltado. Una es su dimensión política y otra su originalidad como pensador.

En primer lugar es obvio que no todo filósofo tiene que encerrarse necesariamente en una torre de marfil. La filosofía es teoría y es praxis, y ésta no tiene por qué reducirse a la moral individual, sino que puede muy bien extenderse a la acción política. Josep Lluís Blasco poseía en grado eminente ambas vocaciones, la filosófica y la política, y sólo eso hacía ya de él un sujeto fuera de lo usual. Dos almas anidaban en su pecho, como decía de sí mismo el Fausto de Goethe, pero dos almas que en su caso eran particularmente difíciles de conciliar. Porque su actividad política, no menos rica en liderazgo y tareas fundacionales que su actividad teórica, fue desde luego antifranquista y democrática, mas orientada sobre todo en el sentido de la construcción de la democracia de los países catalanes. Pero la filosofía analítica, que resultó ser excelente herramienta crítica, antiideológica y antidictatorial aquí en España, como probó serlo también en los países europeos de alineación soviética, no parecía sin embargo, por ese su carácter crítico, el instrumento más adecuado para la construcción política de su país, la cual era y es una tarea que usualmente requiere determinadas dosis de ilusión y de entusiasmo por el factor diferencial. Recuerdo que en cierta ocasión el psiquiatra Castilla del Pino, que solía recorrer cíclicamente los claustros universitarios y otros centros culturales españoles para impartir su mensaje antifranquista de izquierdas, nos sorprendió en un aula valenciana de conferencias con una ponencia de filosofía analítica tan detestable que inflamó de vergüenza ajena hasta a los alumnos de los cursos más elementales de nuestra facultad. Ese fue un ejemplo, diría yo, de barata utilización de instrumental filosófico con fines espúreos. Pero Blasco no hubiera instrumentado ni política ni espúreamente por nada del mundo su filosofía. Era a la vez filósofo y político por ideal y por vocación. Y su objetivo en política pasaba desde luego por un momento destructivo, pero era sobre todo emancipativo y constructivo. Alguna vez le confesó a un colega del departamento que le angustiaba la idea de no poder resolver la dualidad implicada por el contraste entre su programa filosófico concreto, que era el disolvente pensamiento analítico, y su programa político concreto, orientado a la promoción y defensa, nada disolvente, de la diferencia cultural. A su caso, más que a muchos otros, se le podría aplicar la famosa pregunta que se hizo a sí mismo Ortega —y que yo he recordado anteriormente en alguna ocasión refiriéndome a Russell— al contemplar la estatua del Doncel de Sigüenza, un joven guerrero caído en combate en cuyos rasgos se le antojaba al filósofo español adivinar una vocación intelectual,

presumiblemente incompatible con la dureza de la acción que solicita el fragor de la batalla:

¿Será posible? ¿Ha habido alguien que haya unido el coraje a la dialéctica?¹

La segunda faceta de Blasco que quisiera comentar es la originalidad de su pensamiento. En la universidad española, como en tantas otras del mundo, la mayoría de la gente que enseña filosofía no es capaz de producirla. Y los privilegiados profesores universitarios españoles que poseen esa capacidad, suelen tener que dedicar o suelen haber dedicado tanto tiempo a la benemérita tarea de adquisición y transmisión de saberes ajenos que apenas les resta alguno para pensar por cuenta propia y poder escribir originalmente. Blasco nunca fue avaro de su tiempo cuando se trataba de enseñar a los demás. Pero su talento innato, su sagacidad, su independencia de juicio y su nivel de autoexigencia al escribir garantizaron siempre en su obra el toque original. Eso lo puede comprobar fácilmente cualquiera que se tome la molestia de recorrer las breves páginas de su discurso de recepción como miembro numerario de la Secció de Filosofia i Ciències Socials del Institut d'Estudis Catalans, leído el día veinte de diciembre de 1999 sobre el tema de la libertad de la razón².

Decir que la razón y la libertad son temas capitales que deben interesar en serio a cualquier filósofo y a cualquier político es algo tan obvio que no necesita ser dicho. Y añadir que nuestra conducta moral es el más manifiesto campo de incidencia de ambos factores, dado que la razón práctica dicta las normas éticas que debemos acatar libremente, es lo primero que se le ocurre a cualquiera que se disponga a abordar el tema de la libertad de la razón. Pero el autor no va por ahí y avisa desde el principio que no va a salirse de su campo propio de investigación que es la teoría del conocimiento y la epistemología, o lo que es lo mismo, el ejercicio de la razón teórica o especulativa, lo cual no debe interpretarse como un signo de comodidad, sino de audacia y de originalidad. Porque lo que se propone al plantear el problema de la libertad de la razón no es tampoco, como alguien pudiera pensar, una indagación y un análisis racional o epistemológico de la libertad, sino nada más y nada menos que una indagación y un análisis, por paradójico que parezca, de la libertad de la epistemología, o como él dice literalmente, del intento de aclarar la función de la libertad en la estructura del conocimiento mismo, dejando de lado, por considerarlo extrínseco a su planteamiento, cualquier enfoque sociológico o político referente a la libertad del investigador:

En general, la llibertat es considera dins de la dimensió practica de la raó humana.

Les meues reflexions van per una altra via: vull parlar de la llibertat des d'una perspectiva epistemològica, i consegüentment, dins de la dimensió teòretica de la raó humana; però no es tracta de construir una epistemologia de la llibertat, [...] sinó de la funció de la llibertat en el coneixement humà, o en l'activitat cogni-

tiva (teorètica, doncs) de la raó humana. *Tampoc em referesc al problema de la llibertat de l'investigador* enfront dels condicionaments econòmics, polítics, ideològics etc., cosa que s'inscriuria millor dins del que anomenem "ètica i/o sociologia de la ciència", sinó que *tractaré d'aclarir directament la funció de la llibertat en l'estructura del conèixer mateix* [...]. Ningú no dubta que la llibertat és la clau de la raó pràctica, de la moralitat, del deure [...], pero tenem alguna cosa a veure la llibertat i el coneixement, la llibertat i la veritat? [pp. 5-6; los subrayados son míos].

La historia del pensamiento sirve de natural apoyo a esta abstracta indagación. Y el buen tino de Blasco se manifiesta al hacernos ver que, independientemente del hecho de que se acepte a lo largo de esa historia la idea de una innegable dualidad en los respectivos ejercicios de nuestra actividad racional, el de la razón teórica, que reflexiona sobre nuestro conocimiento y el mundo, y el de la razón práctica, que nos dicta normas morales de comportamiento, hay larvada en los textos de los grandes pensadores una más sutil e inconfesada dualidad dentro del ámbito mismo de la razón teórica, que se traduce en el hecho de que unas veces se nos describe el ejercicio de dicha razón como algo tan natural como el ver o el respirar, y así es, por ejemplo, como nos enseña Aristóteles que "por naturaleza todos los hombres aspiran a saber"; pero otras se nos pinta ese mismo ejercicio como algo que requiere el esfuerzo y la violencia necesarios para salir de una situación, por así decirlo, "contranatural", como es el caso del prisionero en el mito platónico de la caverna:

La metàfora de Plató, en exigir el trencament dels lligams, ja postula el coneixement com un acte de llibertat: si no t'alliberes, no arribaràs a la veritat. Aquest plantejament, tanmateix, no casa amb la tesi ja anticipada per Aristòtil i generalitzada en la modernitat, segons la qual l'ésser humà és cognoscent per naturalesa o en estat de natura [pp. 6-7].

Una de las tesis de Blasco es que Aristóteles atenuó esa dualidad construyendo además de su teoría de las virtudes morales o éticas, que contribuyen a enderezar nuestra conducta, una teoría gemela de virtudes intelectuales o dianoéticas, que contribuyen a enderezar nuestro conocimiento, lo cual nos invitaría a reconocer en el seno mismo de la razón teórica un momento de libertad. Y otra es que si bien la modernidad superó absolutamente, por un lado, la vieja epistemología tradicional, desenmascarando irreversiblemente al contrastarla con el conocimiento empírico su falsa seguridad, olvidó sin embargo, por otro, a diferencia de los clásicos, cuidarse de las aporías suscitadas por la que podríamos llamar aquí, para entendernos, larvada dualidad de la razón especulativa.

Pero su tesis principal es que la libertad se encuentra situada a la base no sólo de la razón práctica, sino también de la teórica. Y esta tesis vendría a verse corroborada, según Blasco, por el hecho de que al término de la moder-

nidad, cuando la potencia reflexiva de la razón alcanza históricamente sus más altas cotas, un filósofo de tanta autoridad como Kant somete a dicha facultad al tribunal de su propia crítica como acto supremo de libertad, al ponerse la razón a sí misma sus propios límites; y también por el hecho de que un filósofo contemporáneo de la ciencia tan autorizado como Popper nos proponga su teoría del falsacionismo como una libre convención de la razón científica. De la referida tesis principal deduce Blasco como un corolario el carácter normativo de la epistemología:

Aquests testimonis que són realment d'autoritat, bé que no d'autoritat dogmàtica, sinó d'autoritat respectada i lliurement acceptada, ens vénen a dir que *l'acceptació dels límits de la raó és un acte de llibertat de la raó mateixa*. Aquest acte de llibertat no implica una barreja de fets i valors, però sí implica que la raó accepte com a valor i norma de conducta atènyer-se als fets, *i des d'aquesta tesi hom pot entendre el caràcter normatiu de l'epistemologia* [p.19; los subrayados son míos].

El lector de este ensayo no puede menos de reconocer la notable capacidad imaginativa y el rigor y penetración mental de su autor. La dualidad por él denunciada en el doble modo de presentación del ejercicio de la razón teórica por parte de los grandes clásicos del pensamiento nos parece una mina para la reflexión. Nos ayuda a entender mejor, por ejemplo, el sentido de la aparentemente extravagante opinión de Descartes según la cual nuestros actos de juicio dependen mucho más de lo que parece de nuestra voluntad y a asimilar mejor también la sentencia heideggeriana de que “la teoría es una forma de la praxis”. Y nos invita a pensar en la reciprocidad con que puede ser concebida la teoría como modelo de la praxis o a la inversa, o a ensanchar nuestra perspectiva viendo en la actividad técnica el modelo de ambas funciones, como sucede en el mito platónico del Fedro, donde el oficio artesanal de un auriga cumple el doble objetivo de ser modelo de una y otra.

Al final de su discurso Blasco reivindica un nuevo estudio de las virtudes intelectuales a la altura de nuestro tiempo y propone con cierta ironía el retorno a la virtud intelectual suprema que fue para Aristóteles la sabiduría, pero después de restringir drásticamente en ella, al estilo postmoderno, sus antiguas pretensiones de absoluta certidumbre. Tras reelaborar con tales restricciones “un concepto de saviesa [sabiduría] com a virtut excelsa dels homes” podríamos introducirla, así recortada, como un “ideal regulatiu de la nostra conducta intel·lectual”. Por mi parte me atrevería a sospechar que así como los contratiempos de la acción pública fueron volviendo progresivamente más resignada y moderada en Blasco su visión de la política, la madurez y la reflexión fueron tornando, con el curso del tiempo, menos analítico o disolvente y más constructivo y abierto a los grandes momentos de la historia del pensamiento su modo de hacer filosofía.

* * *

“Lo que hoy es vida”, decía Guillermo Dilthey, “mañana es historia”. Recíprocamente, podemos añadir nosotros: lo que hoy es historia ayer fue vida. Al rememorar mis dos décadas de convivencia universitaria, la de los sesenta y la de los setenta del pasado siglo, con Josep Lluís Blasco no incurriré en la vanidad de decir que haya sido discípulo mío por el solo hecho de que al incorporarme como catedrático de Lógica a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia él fuese allí alumno de final de carrera. Lo que sí puedo decir sin pecar de inmodestia es que contribuí personalmente a su promoción académica. Al nombrarlo enseguida Ayudante de aquella cátedra le confié la docencia de Teoría del conocimiento, que fue siempre su materia preferida. Algo después presidí, tras haber dirigido su tesis de doctorado, el tribunal que lo nombró Profesor Adjunto de Filosofía. Pero luego, muchos años más tarde, entrados los ochenta —cuando la enfermedad se había cebado ya sobre él arrebátandole cruelmente una herramienta de trabajo tan preciada para cualquier profesor como es el uso natural de sus cuerdas vocales—, el destino quiso que fuese yo también presidente del tribunal que lo nombró Profesor Agregado de su materia favorita en la Universidad de Valencia.

Dos décadas de docencia y de investigación de dos personas como catedrático y Adjunto de un Departamento, el de Lógica y Filosofía de la Ciencia de aquella Facultad, no definen ni suponen necesariamente entre ellas la relación de maestro y discípulo. Pero pueden definir, y de hecho así sucedió, dejando de lado la diferencia de cargo y de edad (generación y media en el argot orteguiano), la mutua cooperación de igual a igual en la gestión de dos empresas vividas en común como algo que iba más allá de lo estrictamente académico: el citado Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia y la revista *Teorema*, de la cual Josep Lluís Blasco fue cofundador y Secretario. Conflictos importantes de área no se dieron nunca. La mía era la lógica y la filosofía de la ciencia y la suya la filosofía del lenguaje y la teoría del conocimiento. Y a la hora de allegar socios y alianzas nuestra diferencia generacional resultó ser más una ventaja que un inconveniente.

Los alegres años sesenta fueron para el mundo en general y para la universidad en especial, años de juvenil protagonismo, de revolución y de utopía, y en ellos se fraguó la primera de aquellas dos empresas. En el filo mismo de los setenta, una década en que el espíritu del tiempo iba a cambiar de medio a medio y en la que los libros de Nietzsche, por citar un botón de muestra, iban a desplazar velozmente a los de Marx de los escaparates de las librerías, vio la luz, recién acontecida la muerte de Russell, la segunda de ellas, con la cual se vincularon particularmente, entre otros, los nombres internacionales de Ferrater, Quine y Searle.

Si alguien me preguntara qué aprendió de mí durante todo aquel tiempo Josep Lluís Blasco me pondría en un aprieto del que sólo sabría salir recono-

ciendo que probablemente nada. Los hombres de mi generación se iniciaron tarde lo mismo en filosofía analítica que en marxismo y, por razones de mayor edad (que implica mengua de capacidad de aprendizaje), más bien íbamos, en la enseñanza de aquellas materias, a la zaga de nuestros estudiantes. Pero si alguien me preguntara, por el contrario, si aprendí algo de mi consocio en aquel par de empresas, yo respondería que sí y mucho. Su amistad y el entorno de sus relaciones me ayudaron a convertir en vivencia personal, por una suerte de privilegiada inmersión, la fabulosa realidad del pluralismo cultural de los pueblos de España que él tan apasionadamente defendió.

La vida, si se me permite que me tome la licencia de citar por segunda vez a Dilthey aunque no sea más que porque fue uno de los primeros filósofos que leí en mis remotos tiempos de estudiante, es una misteriosa trama de azar, destino y carácter. Creo que estos tres ingredientes se concitaron para hacer de la vida de Josep Lluís Blasco, desdichadamente truncada por una larga y dolorosísima enfermedad y una prematura muerte, la vida, pese a todo, envidiablemente auténtica y creadora de un filósofo y un político.

NOTAS

¹ “La vida en torno. Tierras de Castilla. Notas de andar y ver”, 1911 (*Obras completas* de José Ortega y Gasset, vol. II, Madrid, Alianza, 1983, p. 46).

² *La llibertat de la raó*, Institut d’Estudis Catalans, Secció de Filosofia y Ciències Socials, Barcelona, 1999.